

INVITADO DE HONOR

Dimensiones y maestros del cuento¹

José Alcántara Almánzar

Director del Departamento Cultural
del Banco Central de la República Dominicana

Se ha definido el cuento tantas veces que insistir en el asunto parecería algo superfluo. Pero, más que hablar de un género tan apasionante y complejo, equivalente al poema de la narrativa, por su misterio y su intensa densidad, durante muchos años me he preguntado cuáles fueron las motivaciones profundas que me llevaron a encaminar mis pasos por un sendero tan escarpado, sin que haya logrado aún encontrar explicaciones satisfactorias, como no sea la de una afición temprana a leer historietas sabatinas en el periódico, escuchar relatos truculentos tejidos por adultos que sabían atrapar a sus oyentes, o esa tendencia a la síntesis, tan característica de los cuentistas.

Vuelve ahora a mi memoria el increíble pero certero presagio de una vecina cuyo nombre he olvidado, que hace más de cincuenta años, con aires de pitonisa barrial, atemorizó a los muchachos que la escuchábamos, al asegurar que los glaciares del Polo Norte se estaban derritiendo y que las aguas del mar, al subir por efecto del deshielo, sepultarían nuestra isla. Esa noche lloré inconsolablemente porque me aterraba la idea de la muerte, sin imaginar siquiera que el mal augurio de aquella Casandra anónima iba a convertirse en una real amenaza planetaria en los inicios de este siglo.

Distinto, por su esencia misma, a la crónica, la estampa, la narración, la descripción, el episodio, el relato, la evocación –aunque puede tocarlos a todos–, el cuento exige condiciones que rara vez tienen una

¹ Palabras en la puesta en circulación de *Testimonios y profanaciones*, el 27 de junio de 2012.

plasmación feliz, por no decir perfecta. Sabemos que, según el canon clásico, en el cuento se narra una historia, siguiendo el hilo de una trama a través de la acción, con pocos personajes que se mueven en el cuerpo de una estructura simple o intrincada, a través de un lenguaje que debe ser eficaz.

Muy temprano aprendí, al margen de la orientación y los propósitos que mueven al escritor, que hay condiciones indispensables sin las que el cuento no llega a cobrar vida. Entre ellas, *la ilusión de realidad*, ese rasgo de lo verosímil por el que las mentiras del escritor resultan verdades rotundas. Otro atributo es «la fluencia constante» que prescribía Juan Bosch con tanto acierto en sus *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*, o sea, la búsqueda sin desvíos de una anhelada culminación; de ahí la frase de Horacio Quiroga: «una flecha disparada al blanco».² También, por supuesto, *la intensidad*, que es uno de los grandes desafíos de cualquier narrador; y *el efecto final*, sobrecogedor o inesperado, exultante o doloroso, que deja en el lector un sedimento corrosivo que consume su alma mucho después de concluida la lectura. Y por supuesto, aprendí a evitar estos peligrosos enemigos: la digresión, el comentario inútil, la adjetivación superflua, el enjuiciamiento moral que lleva a la condena o la exclusión.

Primero fue leer todo lo que cayó en mis manos hasta poder distinguir entre el metal noble y la chatarra, y extraer oro de la cantera de la experiencia y la observación. Lo cardinal ha sido perseguir la belleza perdurable en las obras de los maestros. No puedo negar que en algunos decálogos encontré sabias advertencias: «No empieces a escribir –dicta Quiroga– sin saber desde la primera página adónde vas». «No olvides los sentimientos de los lectores», advierte Augusto Monterroso. «No sacrifiquen la sinceridad literaria a la nada. Ni a la política ni al triunfo. Escribir siempre para ese otro, silencioso e implacable, que llevamos dentro y no es posible engañar», sentencia Juan Carlos Onetti.³

² Juan Bosch, «Apuntes sobre el arte de escribir cuentos», en *cuentos escritos en el exilio*. Santo Domingo, Julio D. Postigo e hijo Impresores, 1968, 2da. ed., pp. 10-11.

³ Ana Ayuso, *El oficio de escritor*. Madrid, Suma de Letras, S. L., 2003, pp. 195. 199 y 203.

Preceptivas aparte, lo decisivo ha sido descubrir el mundo que subyace bajo la realidad. Un mundo de emociones, sentimientos e ideas que resplandecen en las instantáneas creadas por otros; y sobre todo, pensar y pensarme mientras escribo, con todas sus implicaciones. Un puñado de cuentos memorables me acompaña desde que era un adolescente, y releo esos textos sin desmayo porque me muestran siempre nuevas caras de un universo personal y colectivo muy entrañable. Los enterrados vivos y los horrores que Edgar Allan Poe describe con la precisión de un fino mecanismo de relojería; las hermosas y dolientes invenciones de Oscar Wilde; el humor negro que destilan las historias de Antón Chejov, pobladas de mediocres personajes; las pesadillas iluminadoras de Franz Kafka, como aquel Gregorio Samsa de *La metamorfosis*; los contrastes sociales esbozados por Guy de Maupassant; la decadencia de la ciudad estampada por James Joyce en *Dublinenses*. Todos estos autores son puntos de referencia en mi esfuerzo de asomarme a los abismos insondables de la creación narrativa.

He aprendido más sobre la fatalidad del destino en «La Nochebuena de Encarnación Mendoza» que en explicaciones objetivas sobre la justicia en los países subdesarrollados. «Emma Zunz» me alecciona cada día con su resuelto coraje para vengar la humillación social y el oprobio. «Una rosa para Emily» me perturba como el primer día que lo leí, exhalando su raro perfume de despecho y de locura. Vuelvo a «Continuidad de los parques», atrapado por la pasión de los amantes, en pos de nuevas emociones. Sigo, casi sin aliento, incapaz de moverme, «El rastro de sangre en la nieve». En una esquina de la zona colonial de Santo Domingo, de la que era asiduo peatón, un viejo amigo me hace guiños de complicidad y, «Más allá del espejo», me muestra secretos ocultos de la antigua urbe. Al internarme en una carretera del sur, «El llano en llamas» me estremece con sus cuadros de muertos-vivos, mientras «La palabra del mudo», en su elocuente timbre, sigue seduciendo mi imaginación.

Como habrán notado, «cada escritor crea a sus precursores», como dijo Borges en un ensayo inolvidable,⁴ pero en este breve recorrido

⁴ «Kafka y sus precursores», en *Otras inquisiciones*. Madrid, Alianza, 1981, 3ra. ed., p. 109.

todavía hay otros maestros del cuento con los que tengo una deuda impagable. De los nuestros, casi todos, en especial Juan Bosch y Virgilio Díaz Grullón, el primero mencionado y el segundo aludido en un título, y muchos de varios países de nuestro idioma: Juan José Arreola, Alejo Carpentier, Adolfo Bioy Casares, Mario Benedetti, José Luis González, Carlos Fuentes, Guillermo Cabrera Infante, José Emilio Pacheco, Sergio Ramírez y, en fin, una larga lista de paradigmas. A ellos retorno sin falta cuando necesito darme aliento y recuperar las ilusiones perdidas.

Ya para terminar, pienso que un cuentista es un escritor que busca lo inalcanzable: el impacto de una instantánea dirigida al centro mismo del corazón de los lectores. Es un cazador de imágenes pasajeras, breves, deslumbrantes, pero eternas. Es decir, algo fugaz y sin embargo inolvidable, de una perfección parecida a la que aspiraba el gran pianista y director de orquesta Daniel Barenboim, cuando siendo todavía un chico de trece años hizo su debut en Londres, bajo la dirección de Josef Krips. «En el programa figuraba el Concierto en La mayor de Mozart –dice Barenboim–. En un ensayo Krips me dijo: «Si tocas así, suena como Beethoven. Y Beethoven no es Mozart. Porque Beethoven aspira al cielo, mientras que Mozart viene del cielo.»⁵

⁵ *El sonido es vida. El poder de la música.* Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2008, p. 152.